

# DRAGONES

Accesit local

Olga García Osorio

Villamayor de Santiago

Cuenca

Uno de los primeros recuerdos nítidos que tengo de mi niñez es un día amarillo de verano, me ardía cada centímetro de mi cuerpo, nunca había estado tan cansada, nunca había sentido tanta hambre. Acababa de cumplir los 6 años, el colegio había terminado y acompañaba a mi madre al trabajo bajo el sol abrasador, olía a azufre y se escuchaban las chicharras cantando a coro por todas partes. Pasaba las tardes en un parque desolado frente a la fábrica porque no tenía con quién quedarme. Antes, mis recuerdos de verano eran verdes, como el césped de la escuela de verano y el de la piscina, olían a chuches y siempre se escuchaban gritos y carcajadas.

Desde que mi padre nos dejó todo había cambiado. Mi madre me explicó que no podía tener mi verano de juegos porque las risas eran demasiado caras hoy en día; por eso, tenía que ser tan valiente como la princesa de mis cuentos, ella siempre acababa haciéndose amiga del dragón. El aburrimiento era mi dragón, aunque muchas veces parecía que el dragón estaba dentro de mi barriga rugiendo hasta ensordecirme.

Una de aquellas tardes apareció un señor un tanto desaliñado sentado en un banco. Parecía gris, olía a tristeza y no paraba de lanzar suspiros al aire. Yo jugaba al truque cuando él se percató de mi presencia. Me pareció lo más divertido que me había ocurrido en mucho tiempo, en esa época mi espectáculo de niña estaba muy escaso de público y empecé a desplegar toda mi colección de muecas; él me recompensó por mi puesta en escena con rosquillas caseras que llevaba en una bolsa y que yo devoré casi sin coger aliento, él era el dragón que yo domaría y convertiría en amigo. Los días que siguieron a nuestro primer encuentro fuimos compañeros de juegos, la mejor arma contra nuestras distintas soledades; el mundo se cubrió de arcoíris y el otro dragón, el de mi barriga, dejó de rugir.

Pronto se empezaron a escuchar rumores por el barrio sobre aquel misterioso señor que yo asimilaba velados por mi infantil inocencia. A los niños del barrio ya no nos dejaban salir al parque y unas vecinas estudiantes que habían vuelto a casa para pasar el verano se prestaron voluntarias para cuidar a aquellos cuyos padres no podían permitirse pagarles las risas.

En poco tiempo, el mundo de los adultos del barrio se tornó rojo, olía a miedo y se escuchaba la rabia que supuso la desaparición de Greta, una amiga del cole. La consternación crecía con cada día que pasaba y ella seguía ausente, todos los dedos acusadores apuntaban hacia aquel hombre del parque. Hordas de vecinos gritaban frente a su casa, le perseguían cuando daba sus paseos, le tiraban objetos cuando salía de la compra; hasta que mi dragón, mi compañero de juegos, ya no aguantó más y se lanzó al viento desde el puente de la calle Alta pero nunca llegó a abrir sus alas.

Todo era gris, olía a confusión y solo escuchaba niños y adultos gritando a mi alrededor; yo no podía entender lo que decían. Encontraron el cadáver de mi amigo bajo el puente y, lejos de sentirse culpables, convirtieron su funeral casi en una fiesta donde creció la esperanza de encontrar a Greta.

Desafortunadamente, semanas después, el mundo se tornó negro. Encontraron el cuerpo de mi amiga en casa de una de las universitarias que se habían prestado a cuidarnos. Se podía oler el pánico recorriendo las calles y las mentes de los adultos al descubrir que sus vanos prejuicios habían matado a un hombre inocente, por todas partes se olía la confusión que les turbaba al no saber en quién confiar.

¡Qué fácil es odiar a un dragón cuando no sabes de dónde proviene el fuego!